

Conversión

Javier Álvarez-Ossorio ssc
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 103 – 1 de junio de 2016



Capilla en el **Sacro Eremitorio de Camaldoli** (Italia)
El sagrario con la reserva eucarística se encuentra en la vasija de barro,
en referencia a 2Co 4,7 (*"llevamos este tesoro en vasijas de barro"*).
Las imágenes de Jesús y de María enmarcan la vasija.

Todos conocemos la historia. Enriqueta y su madre pasaron casi un año (desde octubre de 1793 a septiembre de 1794) en la prisión de las Hospitalarias en Poitiers. Detenidas por haber dado cobijo a un sacerdote perseguido, las dos viven en la cárcel bajo amenaza de muerte, esperando que cualquier día las lleven al patíbulo.

Al salir de la prisión, Enriqueta es una joven de 27 años en la que algo profundo ha comenzado a cambiar. Como ella misma dirá unos años más tarde, escribiendo al Buen Padre: ***"me encontraba sacudida por los acontecimientos, pero no convertida"*** (carta del 7 de enero de 1803).

No es lo mismo estar impresionado, sacudido, zarandeado, que convertirse. En el caso de la Buena Madre, el paso de una cosa a la otra se produce gracias a la adoración. Así lo indica en la misma carta al Buen Padre: ***"cuando establecisteis la adoración en Moulin¹ y me señalasteis una hora, sin sospecharlo fijasteis mi destino"***.

Me parece que esta experiencia espiritual de la Buena Madre puede ser paradigmática

¹ Se trata de la calle Moulin-à-Vent, en Poitiers, donde se había instalado la Asociación del Sagrado Corazón (La Inmensidad) desde el 15 de febrero de 1795.

para todos nosotros.

Sacudidos

Buena cosa es verse sacudidos por la realidad. Lo contrario, la indiferencia ante los demás y ante los acontecimientos, conduce a la muerte del alma. Es bueno que nos dejemos tocar, sacudir, zarandear, por las alegrías y las penas propias y ajenas; que nos afecten los sufrimientos de los pobres, las esperanzas de los pueblos, las soledades de los enfermos... No hay que asustarse si nos golpea el propio corazón, desgarrado a veces por dudas o perplejidades, dolido por el propio pecado, ahogado en la impotencia. Ya lo dice el Qohelet: *"Más vale sufrir que reír, pues detrás de una cara triste puede haber un corazón sabio"* (Qo 7,3).

Visitando la Congregación, veo hermanos inquietos por la suerte de los jóvenes, conmovidos por el drama de los refugiados, asustados frente a la vejez o la enfermedad, desolados por la muerte de compañeros o de familiares, combativos frente a lo que consideran injusto, desconcertados frente a la decadencia de lo que antaño fue vigoroso, abatidos por trabajos sin fruto... También hermanos entusiasmados con nuevos proyectos, ilusionados en tareas alentadoras, impacientes por comunicar sus cosas, chispeantes como animadores de fiesta...

Bendita la comunidad formada por hermanos sacudidos e inquietos. Qué triste aquella en la que se instalan hermanos aburridos, indiferentes, encerrados en sus pequeños intereses. ¡Qué bueno vivir sacudidos, zamarreados! Qué bueno... pero no basta.

Convertidos

El impacto de experiencias dramáticas o exultantes no basta para orientar nuestra vida de discípulos de Jesús. Por muy fuerte que sea lo que ocurre (como la reclusión en prisión de la Buena Madre), la energía que provoca puede fácilmente convertirse en humo que se lleva el viento o en arena que arrastra la corriente (Mt 7,26-27).

Me temo que en muchas ocasiones evaluamos lo que nos ocurre con harta superficialidad, considerando positivo lo que nos resulta "excitante" o nos hace sentirnos valorados y contentos, y rechazando como negativo lo que nos parece cuestionador y exigente. Vale que consideremos el impacto afectivo de los acontecimientos, pero lo que buscamos no es un particular equilibrio emocional, sino hacer nuestras las actitudes, opciones y tareas de Jesús (Const 3), tener los sentimientos y la mente de Cristo (Flp 2,5; 1Co 2,16). Para eso, no basta con calcular y programar, sino que hay que discernir. No es un camino de adaptación a las circunstancias, sino de conversión.

Adoración

La práctica de la adoración fue decisiva para que la Buena Madre hiciera ese paso de la sacudida a la conversión. La adoración es nuestro lugar privilegiado de encuentro tú a tú con el Señor. Ahí crece esa amistad que se alimenta de pocas palabras, pero verdaderas. En el silencio de la adoración, el Evangelio desvela más nítidamente tanto su fuego como su consolación. En la adoración, depositamos en Jesús el peso del dolor y del pecado propios y ajenos. En la adoración, aprendemos a confiar en que *Dios encuaderna con amor lo que en el mundo parece descuadernado* (cf. Divina Comedia, Paraíso, canto XXXIII, 85-87). En la adoración, los acontecimientos dejan de ser un espectáculo, para revelarse como lenguaje de la misericordia de Dios (*“El que sea sabio, que recoja estos hechos y comprenda la misericordia del Señor”*, Salmo 107[106],43). En la adoración, el barro de nuestras vasijas se va horneando al fuego del Espíritu, nos vamos convirtiendo al Hijo, y entendemos mejor la llamada del Padre.

Las representaciones de los Sagrados Corazones (cuya fiesta estamos a punto de celebrar) nos hablan de acontecimientos que sacuden a Jesús y a María (la espada, las espinas, la cruz, la herida de la lanza), así como de la transformación profunda que se produce en ellos (los corazones, el fuego). El símbolo de los Sagrados Corazones es una llamada a la conversión.

Bendita la comunidad en la que los hermanos se acercan cada día humildemente a la adoración. Sus corazones seguirán sufriendo con pasión, y sus mentes encontrarán luz para guiar el camino.

¡Feliz fiesta de los Sagrados Corazones!

